

CÓMO ESCAPÓ NARA

Nara vivía con su familia en una aldea situada a orillas del río Godavari, en el sur de la India. Era una niña muy útil en la casa, pues ayudaba a su madre trayendo agua desde el río y haciendo muchos otros trabajitos. Su padre era un pobre agricultor, y juntamente con Dumba, el hermano de Nara, tenía que trabajar arduamente para cultivar el maíz con que se sostenían y pagaban los impuestos. Un día, el padre de Nara volvió por la noche, y mientras estaba comiendo, observó que le dolía el pie.

- Pisé en un trozo cortante de cáscara de coco en el campo, y me corté bastante hondo – dijo.

- Será mejor que te haga algún remedio – dijo su esposa.

De modo que preparó algunas hojas y las molió con tierra que buscó en el corral de la vaca, porque los hindúes piensan que todo lo que está relacionado con las vacas es sagrado.

No es extraño que el pobre campesino empeorase a tal punto que no podía dormir por el dolor que le causaba el pie hinchado debido a la infección.

- Será mejor que te llevemos al médico de los extranjeros en Santapur – dijo finalmente su esposa. –

Nosotros tenemos que ir también, y como no puedes caminar, voy a alquilar un carro de bueyes. De modo que cerraron la casa al día siguiente, y emprendieron el viaje que duraba todo un largo día para llegar al hospital más cercano.

El doctor de la misión examinó el pie del campesino y le dijo que tendría que quedar internado varias semanas. Hasta se llegó a creer que el hombre había llegado demasiado tarde y que posiblemente no sanaría.

Pero habiendo mejorado, pronto empezó a preocuparse por su campito de maíz.

- Dumba – dijo, - tendrás que irte a casa y cosechar el maíz, de lo contrario no tendremos nada que comer más adelante- Haz lo mejor que puedas, y tal vez tu tío te pueda ayudar. Nara irá a visitarte dentro de diez días. Yo sé que te esforzarás para evitar que nos veamos en dificultades.

Dumba se fue enseguida, resuelto a hacer todo lo que pudiese, aunque le pesaba tener que volver solo.

Nunca antes se habían separado Nara y él, y la niña también se sentía muy solitaria los primeros días.

Maryamma, la bondadosa matrona del hospital, le estaba enseñando a cantar himnos y coros de Jesús y Nara sentía mucho placer en oír las historias bíblicas que la señora le contaba ayudada por hermosas láminas en colores.

- ¿Te gustaría ser esta niña que está sentada en la rodilla de Jesús? – preguntó a Nara. – Fíjate cómo está mirando con amor a su Salvador y Amigo. ¿Sabes lo que quiere decir el himno que cantamos tantas veces: "Jesús me ama, oh cuánto me ama a mí"?

Transcurrió un tiempo antes que Nara pudiese contestar, pero varios días más tarde, Maryamma oyó que cantaba para sí: "Amo a Jesús, sí lo amo; es el Salvador de Nara también."

Cierta mañana notó que su padre estaba preocupado:

- Hija – le dijo, - he tenido un mal sueño acerca de tu hermano, y no podré descansar hasta que vayas a casa y veas cómo está.

- Saldré mañana muy temprano – contestó la niña.

Y después de un día muy caluroso de penoso viaje, llegó a la aldea.

- ¡Oh, Nara, cuán contento estoy de verte! – exclamó Dumba. – Encontré que el trabajo era tan pesado que nunca podría haberlo hecho solo; pero nuestro tío vino y me ayudó.

- Estoy segura de que el Señor Jesús lo indujo a ello- dijo Nara. – Le pedí a él que te ayudase.

Conversaron por un largo rato, pero ambos estaban muy cansados y con sueño.

- Yo apagaré el farol – dijo Dumba, - y nos acostaremos enseguida, ya que tienes que volver mañana.

Al cabo de pocos minutos los niños dormían en la calurosa oscuridad de la chocita. Pero pronto Nara se despertó sintiendo algo pesado sobre su cabeza. Pensando que era un gato, se movió y trató de ahuyentarlo, pero tenía tanto sueño que no podía despertarse. Casi enseguida después, sintió un dolor agudo en la cabeza y el ruido de una lata vacía que caía la despertó, y se incorporó. Para gran sorpresa suya, encontró que tenía la cara mojada y pegajosa.

- ¡Pronto, pronto Dumba! – gritó – enciende el farol.

Cuando el muchacho lo hubo hecho, se quedó horrorizado al ver que la sangre inundaba la cara de su hermana por una herida profunda que tenía en la cabeza.

Salió lo más rápidamente que podía y despertó a los vecinos quienes encontraron a una joven pantera entre algunos arbustos cercanos, pero ella logró escapar en la confusión y las tinieblas. Las mujeres trataron de socorrer a Nara: buscaron agua caliente y le lavaron la cabeza, pero en su ignorancia llenaron la herida de maleza y telarañas, cubriéndola luego con trapos sucios. La pobre niña se sentía muy mal, acostada sola en la casa oscura, porque Dumma tenía que trabajar en la cosecha.

- ¡Oh, Padre celestial - seguía orando, - déjame volver a donde está mamá y la bondadosa Maryamma! Yo sé que ella aliviará este terrible dolor.

Hacia la noche, su tío, que pasaba por la aldea, entró a ver cómo les iba, y decidió llevarse a Nara al hospital al día siguiente.

- Dumma no puede salir en este momento, y si estás enferma, será mejor que estés con tus padres – le dijo a la niña.

Nara llegó contenta al hospital, y muy a tiempo porque la herida de su cabeza necesitaba un tratamiento adecuado para empezar a sanar lentamente.

- La verdad, mi tesoro – dijo Maryamma, - si no te hubiesen traído aquí habrías estado muy enferma, así que damos gracias a Dios por sus bondades hacia ti.

- Y también estoy agradecida – murmuró Nara, - y cuando sea grande me dedicaré a curar a los enfermos como usted.

- Muy buena idea, Nara, pero mientras tanto debes tratar, cuando regreses a casa, de ayudar a otros niños y niñas a amar al Señor Jesucristo.

Nara asintió con la cabeza, y tan bien manifestó su gratitud a Dios con los niños de su aldea, donde muchos de ellos, fueron inducidos a conocer y seguir a su Salvador.